

G. H. GUARCH

# *La HIJA del KREMLIN*

*La otra vida de Svetlana Stalin*

*La vida del abogado Paul Parker da un giro inesperado cuando conoce a Svetlana Stalin, la hija del dictador soviético. Paul se verá inmerso en un viaje sin retorno hacia uno de los episodios más dramáticos de nuestra historia reciente.*



ALMUZARA

## La hija del Kremlin

### Subtitulado: La otra vida de Svetlana Stalin

*"La vida del abogado Paul Parker da un giro inesperado cuando conoce a Svetlana Stalin, la hija del dictador soviético. Paul se verá inmerso en un viaje sin retorno hacia uno de los episodios más dramáticos de nuestra historia reciente."*

La aparente vida feliz de Paul Parker, abogado en un bufete de Los Ángeles, está en realidad al borde del abismo. Su matrimonio con la profesora Irina Karlovich, hija de emigrados rusos originarios de Leningrado, hace aguas, y su trabajo no le satisface. Su sueño es ser novelista, pero no parece que las circunstancias vayan a concederle esa oportunidad. Todo cambiará para él cuando una plácida y soleada mañana de marzo de 2010 Paul reciba en su oficina la siguiente nota: «Asunto Eisenstein. Novedades importantes. Muy urgente. Kevin Altman. I.P.».

Altman, investigador privado, le facilita el encuentro con una misteriosa anciana relacionada con uno de sus casos. Cuando Parker descubre que esa mujer es Svetlana Alilúyeva, la hija del dictador Josef Stalin, comprende que, por una vez, está en el lugar adecuado en el momento justo. Y no se equivocará. Su vida dará un giro de ciento ochenta grados.

La hija del Kremlin es una absorbente novela que nos muestra desde una perspectiva insólita la figura de Stalin, uno de los personajes más sombríos de la historia reciente, y los entresijos de su mandato al frente de la Unión Soviética. Nos sumergiremos en el trasfondo de la Revolución bolchevique, en la biografía de sus protagonistas más célebres—Lenin, Trotski, Beria— y en los horrores, traiciones, poder

y pasiones de unos hombres y mujeres que vivían bajo la sombra del terror.

G. H. Guarch, autor de las exitosas *El Talmud de Viena* y *El Informe Kerry*, nos narra con su reconocida maestría un lacerante episodio de la historia contemporánea.

G. H. Guarch

# *La hija del Kremlin*

*La otra vida de Svetlana Stalin*

© Gonzalo Hernández Guarch, 2015

© Editorial Almuzara, s.l., 2015

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN NARRATIVA

Director editorial: Antonio E. Cuesta López

Edición de Antonio de Egipto

Conversión de Óscar Córdoba

[www.editorialalmuzara.com](http://www.editorialalmuzara.com)

[pedidos@editorialalmuzara.com](mailto:pedidos@editorialalmuzara.com) - [info@editorialalmuzara.com](mailto:info@editorialalmuzara.com)

Síguenos en redes sociales en @AlmuzaraLibros

Youtube · Facebook · Twitter · Instagram

ISBN: 978-84-16776-81-8

*La hija del Kremlin* es una obra de ficción basada en la realidad histórica de la época de Stalin. Las opiniones que los distintos personajes expresan en este libro no tienen por qué coincidir con las de las personas reales a las que representan.

Asimismo, las entrevistas y comentarios que se recogen son una ficción literaria que deben ser consideradas opiniones libres del autor y, por tanto, no corresponden obligatoriamente a las expresadas en su caso por los personajes reales o históricos.

El autor

*«Caín, ¿qué has hecho de tu hermano Abel?»*  
Trotski refiriéndose a Stalin.

## PREÁMBULO

### LA PIEL DE LA HISTORIA

Durante un viaje a Moscú, en abril de 2010, con motivo de la edición en Rusia de mi Trilogía Armenia<sup>1</sup>, estuve en el cementerio de Novodéviche, perteneciente al Monasterio de las Doncellas Novicias. Hacía casi veinticinco años de mi última visita a aquel lugar. Quería conocer las tumbas de Gógol, Chéjov y Bulgákov. Cuando salí de la parada de metro en Sportivnaya solo tuve que caminar unos minutos. Hacía frío y lloviznaba, el cielo gris oscuro se iluminaba por los relámpagos amenazando con descargar una fuerte tormenta, pero aun así entré en el gran cementerio. No había nadie a pesar de que los moscovitas no temen las inclemencias del tiempo. Repentinamente, comenzó a arreciar y pensé en refugiarme en el convento y dejar la visita para otro momento, pero entonces la lluvia se detuvo transformándose de nuevo en una ligera llovizna. Desorientado comencé a andar por una de las avenidas que me conducía hacia el interior. Me llamó la atención una tumba cubierta con una especie de cristalera de protección, contemplé la cabeza de una mujer joven con el cabello recogido en un moño que parecía emerger de un bloque de mármol blanco vetado. La nariz estaba rota como si alguien hubiera golpeado la escultura. Una mano inerte con un brazo inacabado parecía intentar escapar de su destino. En aquel ins-



tante vi acercarse a un anciano con el abrigo empapado y el cabello mojado. El hombre se colocó a mi lado, señaló la escultura y solo murmuró «Nadezhda Allilúyeva». Luego se alejó sin más. Fue en aquel momento cuando decidí escribir sobre ella. El resultado es *La hija del Kremlin*.

[1](#) La trilogía armenia de G.H. Guarch (*El árbol armenio*, *El testamento armenio* y *La montaña blanca*) ha sido editada en idioma ruso en Moscú por la Editorial Fitón.

Ésta es la narración de cómo me introduje en la historia que cambió el mundo, viviendo el sueño imposible de cualquier historiador que solo puede limitarse a dar su opinión, casi siempre subjetiva, sobre hechos que sucedieron tiempo atrás, como si cosiera una fina piel. En contadas ocasiones el que analiza los hechos ha podido participar en la propia historia o ser testigo presencial de algunos sucesos colaterales.

G.H. GUARCH

## I. LA RESIDENCIA RICHLAND

Conocí a Irina Karlovich en un interminable vuelo Los Ángeles-Moscú. Vivía en Los Ángeles, donde trabajaba como profesora de arte en la UCLA<sup>2</sup>. Aunque ciudadana de los EE.UU., era hija de emigrados rusos originarios de Leníngrado —actualmente San Petersburgo—, para muchos el verdadero corazón intelectual de Rusia. Cuando decidimos casarnos, Irina me presentó a sus padres, Valerio y Ekaterina Karlovich, personas tan afables como reservadas, que mantenían muy vivo en sus mentes el recuerdo de una época atroz que había comenzado cuando sus abuelos participaron en la revolución bolchevique de octubre de 1917. Eran gente que había vivido bajo el yugo del estalinismo. Como tantos otros, arrastrados por el viento de la Historia y sus propias circunstancias personales, llegaron a los Estados Unidos, cuarenta años antes, no solo para intentar sobrevivir y mejorar sus vidas, sino, sobre todo, en busca de libertad.

<sup>2</sup> UCLA (University of California, Los Ángeles), USA.

Se resistían a hablar de su anterior vida en Rusia y de lo que sucedió bajo el mando de Stalin, al que no mencionaban ni de pasada. Tuve la sensación de que habían olvidado todo aquello, que no conseguían recordar los detalles, como si la sola mención de aquel nombre les pusiera en guardia. Su técnica era cambiar de conversación en cuanto se les preguntaba sobre ello. En el fondo seguían pensando que no era prudente hablar de esa etapa de su vida.

Desde el primer instante me trataron como a un hijo, en su sentimental y cercana forma de entender la vida familiar, pero rehusaban hablar de aquella época. En una fiesta familiar en la que saqué a colación el nombre de Stalin, percibí el silencio que acompañó a mi comentario y mi suegra me reconvino diciendo: «No debes mentar al diablo».

Irina intentaba hacerme entender que, a pesar de mi interés por saber más sobre aquella oscura época, debía ser comprensivo con ellos. Dos tíos abuelos suyos desaparecieron en los terribles campos del Gulag en Siberia y su propio abuelo, el padre de mi suegro, había sido fusilado por Stalin junto a otros centenares de oficiales y enterrado en una fosa común de la noche a la mañana, sin más explicaciones.

Ambos habían sufrido de manera directa y cercana la brutalidad de aquel régimen y ahora preferían olvidar y mirar hacia delante. Eran cautelosos hasta un punto de paranoia, aun en los Estados Unidos seguían desconfiando del mundo que les rodeaba, sobre todo de la policía. Y, en realidad, de todo lo que tuviera que ver con el gobierno y la administración, intentando pasar desapercibidos.

A través de aquella experiencia familiar había aprendido que los emigrados rusos, por mucho que hayan sufrido en su país, siguen siendo en su gran mayoría nostálgicos. Todo ello forma parte de lo que podríamos llamar el «alma rusa». Mis suegros seguían encendiendo finas velas de auténtica cera, adquiridas en comercios rusos, para honrar los iconos pintados a mano que tenían en su casa en memoria del abuelo Nicolai, asistiendo con regularidad a la iglesia ortodoxa rusa, algo que no habían podido hacer hasta llegar a «Amerika» —expresión con la que ellos seguían refiriéndose coloquialmente a los Estados Unidos con su duro acento ruso—, o reuniéndose con parientes lejanos y amigos de la importante comunidad rusa de Los Ángeles en determinadas fiestas de su particular calendario ortodoxo, terminando casi siempre cantando a coro antiguas canciones rusas.

Irina, a la que, después de más de una década juntos, creía conocer muy bien, era el prototipo de la mujer americana actual, sensible y culta. Todo ello, además de su gran belleza, me había atraído. Como profesora de arte moderno en la UCLA, se había especializado en el periodo desde la revolución bolchevique hasta la actual Rusia, por lo que discutíamos frecuentemente de temas que concernían a la cultura y a la situación política de aquel país. Teníamos puntos de vista muy diferentes, aunque siempre intentábamos no personalizar. En cuanto a nuestra hija Natasha, se trataba de una vivaz preadolescente de diez años que con su inquebrantable entusiasmo juvenil consideraba a los Estados Unidos el mejor país del mundo, pero hablaba ruso a la perfección y sentía magnetismo por todo lo que tuviera que ver con aquella lejana y exótica Rusia, a la que consideraba el país de sus ancestros.

A la vista de mi situación familiar, había decidido aprender el suficiente ruso para no quedarme definitivamente al margen. Pero con independencia de todo ello, tal vez a pesar de ello, mi voluntad y mi obsesión era llegar a escribir una gran novela sin concesiones sobre el estalinismo, intentando no dejarme nada en el tintero. Naturalmente era consciente de que solo se trataba de una irrealizable utopía, que por otra parte me ayudaba a mantenerme vivo intelectualmente. Nunca hubiera podido imaginar lo que el azar me tenía reservado, aunque mi intervención en este asunto no se debió solo a la casualidad. Cuando hablamos del azar, en ocasiones, tenemos la sensación de que es él quien mueve los hilos de nuestra existencia y nos lleva de aquí para allá. Como si la vida fuera poco más que un teatro de marionetas en el que apenas tenemos nada que decir, a pesar de nuestros continuos y patéticos esfuerzos por demostrar que existimos y que somos dueños de nuestro libre albedrío.

Entonces, de pronto, un día cualquiera, como suelen ocurrir los grandes acontecimientos que en ocasiones llegan a

alterar radicalmente nuestras vidas, sucedió algo totalmente inesperado.

Todo comenzó una plácida y soleada mañana de marzo de 2010, uno de esos preciosos días tan corrientes en California, cuando un tal Kevin Altman, del que no había oído hablar hasta aquel momento, dejó una escueta nota en mi oficina, el bufete Levinson & Partners, del condado de Glendale, Los Ángeles, donde trabajaba desde hacía unos meses. Ethel, la recepcionista, me la entregó con su particular sonrisa irónica que pretendía expresar que nunca había que matar al mensajero. La nota solo mencionaba: «*Asunto Einstein. Novedades importantes. Muy urgente. Kevin Altman. I.P.*», acompañada de un número de teléfono móvil para que nos pusiéramos en contacto con él.

La experiencia es un grado y a media mañana de un viernes era natural que nadie quisiera darse por enterado, hasta que Larry Levinson, mi jefe directo, me llamó para asignarme el asunto en mi cargo de letrado de investigación del bufete. No me explicó más, solo dijo que podría ser algo importante, lo que venía a expresar que yo sabría lo que debía hacer. Añadió que sentía no poder darme más explicaciones ya que en aquel momento entraba en una reunión. Luego colgó el teléfono sin darme tiempo a mostrarle mi absoluta disconformidad. Era la tercera vez en apenas dos meses que me tocaba trabajar en fin de semana y comenzaba a estar un poco harto. En un intento desesperado llamé desde mi despacho al todopoderoso David Zimmerman, CEO del bufete, pues era él quien me había fichado a través de un amigo común, para explicarle que precisamente aquel fin de semana me tocaba recoger a mi hija y llevarla a San Diego, por lo que me iba a resultar complicado hacerme cargo del asunto. Zimmerman tampoco estaba por la labor y no quiso ceder a mis argumentos. Contestó fría-

mente que alguien tendría que hacerlo y que sintiéndolo mucho me había tocado a mí.

No había más que hablar, así que finalmente tuve que llamar a Irina para contarle que había cambio de planes y pedirle que se quedara ella con Natasha. No me resultó fácil ya que ella también tenía sus planes y para colmo nuestra relación estaba pasando un momento delicado. Diré en su favor que me sorprendió su comprensión y que aceptara la situación sin discutir.

Unos minutos más tarde me puse en contacto con el remitente de aquella nota. El Sr. Altman me explicó que era investigador privado, que estaba informado de que el bufete llevaba el asunto legal de la herencia de los derechos de Serguéi Mijáilovich Eisenstein durante su etapa en Hollywood y que tenía el encargo, por cuenta de nuestro cliente, de averiguar qué pretendía la persona que acababa de aparecer en escena asegurando pertenecerle aquellos derechos. Cuando le pregunté si no podríamos dejarlo todo para el lunes, replicó airadamente que íbamos ya contra reloj y que la siguiente semana se leería la sentencia a la apelación ante un tribunal de Los Ángeles, por lo que no había tiempo que perder si no queríamos arriesgar el caso.

Le dije que necesitaba un rato para organizarme, pero contestó que, sintiéndolo mucho, si no le daba una respuesta en media hora, no tendría más remedio que hacer la guerra por su cuenta. Todo aquel asunto me había puesto nervioso y de malhumor tras haber planeado minuciosamente el fin de semana y comprobar que se iba al traste. Tenía la oprimente sensación de que los hados se habían vuelto contra mí, y no solo por aquello. Era como si todo me saliera al revés, aun intentando poner la máxima voluntad y trabajo.

Volví a llamar a Zimmerman, él llevaba la voz cantante en las decisiones del bufete, para contarle lo que me había dicho Altman. Le noté un poco tenso mientras me explicaba que el asunto ya nos había dado suficientes quebraderos

de cabeza como para tener un problema por falta de información en el último momento. Repitió que me pusiera en contacto con el tal Altman y que hiciera lo que tuviera que hacer para aclarar la situación. Terminó diciéndome que no volviera sin un informe concreto. Una seria advertencia. Desde que estaba trabajando allí me había dado cuenta de que, por mucha voluntad que pusiera, Zimmerman y yo no sintonizábamos.

De nuevo conecté con Altman. Le noté aún más nervioso y me explicó que no teníamos tiempo que perder. Añadió, sin darme opción a pedirle más explicaciones, que nos encontraríamos directamente en la terminal de vuelos nacionales del aeropuerto de Los Ángeles, y me citó en una hora en el mostrador 22 de American Airlines. Antes de colgar añadió que no olvidara coger una maleta con lo imprescindible. Cuando le pregunté que dónde íbamos solo murmuró: «Milwaukee, Wisconsin». Luego colgó.

Una hora más tarde, tras pasar por mi apartamento para hacer la maleta en cinco minutos y exponerme a que me multaran por exceso de velocidad camino al aeropuerto, entré en la terminal. No tuve que molestarme en buscarlo. En el mismo vestíbulo, apenas a veinte pies, un tipo alto y delgado me señaló con el índice.

—Usted es el abogado Paul Parker, ¿no es así? Lo he localizado en internet. Soy Kevin Altman. Llega un poco tarde. Aquí tengo su billete y nuestro avión despega en unos minutos, si es que aún sigue ahí. No tenemos un segundo que perder. ¡Sígame!

Altman iba delante de mí corriendo como un gamo hacia la puerta de embarque. Recorrimos más de media milla hasta la puerta indicada. Noté como me dolía el flato. Había perdido mi antiguo fondo físico. Al llegar la azafata nos miró con cara de pocos amigos mientras comprobaba los billetes. Me di cuenta de que Altman la había camelado un rato antes para que no cerrara el vuelo ya que íbamos con mucho retraso. Luego volvimos a correr por el larguísimo